

# LAS RAÍCES DEL ODIO

NOVELA

© AMIR VALLE

Ediciones El barco ebrio, España, 2012

125 páginas

ISBN: 978-84-15622-02-4

(FRAGMENTOS)

Cuando Martín me dijo que Hittler y Fidel podían ser hermanos gemelos, supe que estaba loco. Pero no dije nada a Ávida. Era mediodía y La Habana crepitaba bajo ese calor siempre pegajoso de sus veranos. Y caminábamos: Martín, como todo turista, mirando los edificios que alguna vez fueron hermosos, la boca semiabierta por ese asombro que forma parte de la piel de los turistas, la cámara digital recogiendo de vez en vez las imágenes del desastre; yo, hartado ya de andar por los mismos sitios de siempre, sin ese espíritu de magos reconstructores de las glorias antiguas que siempre esgrimen los guías de turismo como su mejor arma.

-- No sé cómo ustedes disfrutaban viendo esta mierda de país – le dije, y lo vi sonreír, los cachetes coloradotes, sus ojos achinados en la sonrisa: un perfecto bebé de esos que anuncian los productos Nestlé.

-- De las cenizas renació el Fénix – dije, y a decir verdad, me dolían tanto los pies que no estaba para andar averiguando quién carajo era ese Félix, y mucho menos qué mierda se quemó para que el tipo saliera de las cenizas.

Seguimos caminando.

La Habana, en los crudos días del verano, me resulta un horno insoportable. Nada que ver con esas saunas sabrosotas de las películas extranjeras donde uno va a soltar la grasita mientras se toma una Coca Cola, una cerveza de calidad, o cualquier trago, ahí, enredado en una toalla, perdido entre el humito que forman las nubes del vapor, gritando sin gritar “vaya, caballeros, ¿quién dice que la vida es una mierda?”.

La Habana es un horno que te tuesta hasta los huesos. Y Martín, aunque sudaba, se veía feliz. Y no perdía el paso. Y se colaba por la boca oscura de lo que siglos atrás fue un imponente portalón, para caer al mismo centro de un solar mil veces más cochino que el nuestro, lleno de cuartuchos hechos de maderas viejas y pedazos de zinc y cartón tabla, con negros viejos y churrosos sentados en cajas de madera y en los quicios de las puertas, y niños descalzos corriendo por todas partes, escandalizando, mientras jugaban a la gallinita ciega, como si tanta miseria no les importara.

Hedía a rayos. Y lo dije: “¡qué peste a rayos hay aquí, coño!”, para verlo detenerse, virar la cara y mirarme: “Luego me explicas cómo es el olor del rayo”, dijo, realmente intrigado. Después volvió a lo suyo. Fotos, más fotos, una negra desgreñada que hurgaba en la cabeza de un mulato joven, también despeinado, mientras mascullaba en voz baja, pero audible: “cada vez que tu hermano mete en la casa el perro de mierda ése, te llenas de garrapatas”; una putica blanca saliendo medio desnuda de uno de los cuartos del fondo, con un cubo vacío en una mano,

"ni bañarse puede una en este cochino solar", soltó a los vecinos de los cuartos cercanos, que la miraban y menearon la cabeza, "la gente gasta el agua así, porque les da la gana", levantó una tapa de hierro sobre lo que era, a todas luces, una cisterna, se tiró en el piso y metió el cubo por el hueco, hasta sacarlo lleno de agua y regresar contoneando las nalgas hacia su cuarto. Martín seguía el bamboleo rítmico de aquella carne, palpitante y sensual bajo el short apretado cuando una bolsa de nylon llena de basura le cayó cerca, arrojada desde algún cuarto de la segunda planta. "¡La madre del que lo tiró!", dijo una pecosa de pelo rojo, casi enana, que caminaba junto a Martín, "para indicarte los lugares que todos vienen a fotografiar", le había dicho al vernos entrar al solar y notar la cámara colgada a su cuello. En una esquina, justo en un espacio libre en la hilera derecha de los cuartuchos, un gordo blanco sacaba cubos de agua de un tanque y los vaciaba sobre un cerdo tan gordo y tan blanco como él.

-- Parecen gemelos – dije en voz baja, y Martín, otra vez con su cara de bebito de la Nestlé, soltó una risita, también por lo bajo.

-- Cómo mola este paisito para un fotógrafo – dijo.

-- Para ti es turismo, Martín – protesté --. Vivir entre la mierda no es nada sabroso.

Habíamos pasado toda una noche discutiendo su teoría. "Una filosofía interesante", dijo, sentencioso, con aires de quien ha pensado profundamente en el tema. "No hay ningún país en el mundo, excepto ustedes, los cubanos, claro, que marque su paso por la vida con una palabrita tan denigrante", y se extendió en una perorata sociológica sobre los distintos usos que los cubanos dábamos a la palabra mierda, todos asociados a la existencia común, al día a día. "Este país es una mierda, estamos hundidos en la mierda, deja esa mierda, no comas mierda, la vida acá es una mierda, ese hijoeputa de mierda, es un negro de mierda, estamos hasta el cuello en la mierda, un blanquito de mierda, una puta de mierda, qué mierda esa comida, qué mierda está el transporte", enumeró, buscando las palabras entre trago y trago de cerveza, ya sentados frente al ventilador, luego de la primera salida a la ciudad, apenas a dos horas de su llegada, "son frases que ustedes usan como si hicieran poesía", y que le colocábamos la palabrita mierda a cualquier valoración sobre algo no agradable, "es una filosofía de vida, ¿no crees?", terminó, llevando también la interrogación de la frase hasta el gesto en su cara.

-- Una vez oí decir que era una filosofía violenta – me atreví a decir, todavía abrumado por la certeza de algo en lo que jamás había pensado: sí, los cubanos mirábamos la vida con unos lentes hechos de la más fina y selecta mierda, de ahí que todo lo viéramos de aquel modo.

-- Ustedes los cubanos no saben lo que es la violencia – le oí decir.

Tenía razón. Aunque en ese momento no pudiera comprenderlo, por la simple razón de que uno se aferra a lo cotidiano, como animal de costumbres que es, y lo cotidiano para los cubanos iba siendo esa violencia que la miseria del país nos iba metiendo en la sangre, como una bestiecilla venenosa que nos transformaba en seres oportunistas, bien distintos a esos hospitalarios, abiertos, solidarios, que las crónicas sobre Cuba pintaban en muchas partes. Mamá lo decía mucho: "Hospitalidad, la de antes", cuando se recibía al visitante, orgullosos, "éste es nuestro hermoso país", "el paraíso mismo", el alma limpia, el corazón abierto, sin pensar en nada más que en la satisfacción del otro. "Ahora es distinto, mi'jo", mascullaba, sentada en su butaca, hastiada por los dolores de huesos, por las arrugas y el calor. "Ahora el cubano finge ser hospitalario para sacar algo, cualquier cosa, del visitante". Y llevaba razón.

Lo comprendería después. Cuba no es un país violento. Y hasta podría ser el paraíso si el hombre que yo era por esos días lo comparaba con esa violenta imagen que estoy seguro me perseguirá hasta la muerte: la cara hirsuta pero noble de Daimiel, sin ojos; los gusanos blanquísimos y regordetes saliendo de aquellas órbitas vacías, de su boca entreabierta, brotando como una nata, también blanquísima, del hueco de la oreja; el hedor a carne podrida; el hueco del disparo sobre la frente; la carne del cuello hinchada, el pellejo a punto de reventar. Y el hedor. Siempre el hedor. Los retortijones en mi estómago. Las arqueadas. Y el sabor ácido de mi vómito. Amarillo. Grumoso.

## UNO

Mamá amaneció con la boca llena de cucarachas. Es del carajo decirlo, pero así fue. Y la cucaracha que salió de la boca abierta de Mamá cuando entré a su cuarto, luego de llamarla varias veces para que tomara el desayuno, siguió caminando tranquila, protegida por mi estupor, hasta perderse por una de las rajaduras de la pared del fondo, seguro para esconderse en la inmensa loma de escombros y basuras podridas que crecía cada día en el descampado, en aquel lado del solar, desde una tarde de lluvias intensas en que el edificio aquel dijera "voy abajo", y se derrumbara, llevándose al mundo de los muertos a los tres viejos y la niña de dos años, que no lograron escapar a tiempo, como los demás.

Era gorda la cucaracha. Negra. De alas muy brillantes.

Encendí la luz del cuarto y entonces la vi. Y todavía bajo la rigidez del estupor, bien lo recuerdo, pude observar la desbandada de otras cucarachitas, de esas que los fumigadores llaman, alemanas: grises, de apenas un centímetro, delgaduchas, que también salieron de la boca de Mamá.

Álida llegó desde la cocina, se paró detrás de mí y gritó.

Recuerdo su grito.

Nada que ver con esos otros de placer, desnudos, cuando hundía en ella "tu verga rozagante", como ella misma la llamaba, luego de que la saboreara por unos minutos muchas noches, muchos años atrás.

Nada que ver con ese grito de aquella primera madrugada, dormidos casi uno encima del otro, cuando sentí, entre las nieblas del sueño, que una mano caliente y pequeña se colaba bajo la pata de mi short y comenzaba a jugar con lo que Mamá decía era para las niñas. Me desperté y se lo dije: "es para las niñas", o algo así, medio dormido, confuso, y respondió "y qué carajo soy yo, David", para abrir las piernas y recibirme en un abrazo, como una de esas mujeres que luego tuve en la vida, aunque ella se viera obligada a guiarme en lo que ninguna de las demás tuvo que hacer: otra vez su mano caliente halándome por el mismo centro del cuerpo y colocando aquella parte endurecida de mi cuerpo en un agujero mojado y también caliente del suyo, diría mejor, hirviendo, donde me hundí de un empujón de cadera y supe, sin decírmelo entonces, que muchas otras noches regresaría a mi hermana para hundirme en esa caverna maternal que me hacía sentir igual que si flotara en un espacio luminoso y dulzón.

Nada que ver con esos gritos que la oía soltar, entrecortados, en ese mismo cuarto donde Mamá amaneció con la boca llena de cucarachas.

Eran días de mierda. Mi padre ligaba una borrachera con otra y botaba a Mamá de la casa, "me quedo con los niños, puta", bramaba, "y al que se meta le arranco los cojones, ¿oyeron?", gritaba a los vecinos, y no nos atrevíamos a escapar de nuestra casucha en aquel solar, aunque podíamos verla desde la ventanita alta de nuestro cuarto, llorosa, removida por los temblores del miedo, parada en la puerta del cuarto de Hortensia, la vecina que nos cuidó desde chiquitos para que ella trabajara, convencidos de que ni siquiera imaginaba lo que pasaba por las noches bajo esas paredes, en aquellos días de mierda: mi padre que entra desnudo al cuarto y se lleva a rastras a la pobre Álida, que tiembla como Mamá y como Mamá llora y se deja llevar y sigue llorando cuando él le susurra, aunque yo pueda oírlo, "abre las patas, putica, vamos a gozar con Papi". Sus gritos entrecortados. "Me tapa la boca", me contaba Álida, "casi me ahoga".

Por eso un día vino: "házmelo tú, mi herma", dijo, "mis amigas dicen que es lindo con alguien que lo quiera a uno". Y ella sabía que yo la adoraba.

Álida tenía diez años; "es para las niñas", dije, infantil, temeroso, confundido, esa madrugada; "¿y qué carajo soy yo, David?", soltó, bajito pero fuerte, "no te hagas el inocente, que ya tienes doce años". "Ven", ordenó. Y fui. Y desde entonces las noches eran una fiesta. Menos aquellas en que mi padre repetía la escena: la bronca con Mamá, "¡vete pa' la mierda, puta vieja!", su entrada abrupta en el cuarto, los quejidos de Álida.

Hasta esa noche.

-- Papá está borracho en el pasillo del segundo piso – me dijo, ya temblando -  
-. Ahorita seguro viene.

Le había dado una golpiza a Mamá y luego "voy a coger aire, perra", lo sentimos gritarle. Y el portazo. Y los pasos callados de Mamá hacia el cuarto, que nos miró al pasar y sonrió con la boca partida, sangrando por un costado, y un ojo ennegrecido. Oímos su cuerpo caer sobre el viejo camastro. Entonces salimos.

Borracho estaba mi padre cuando subimos la escalera. Hedía a orine. A ron malo. A sudor, "ese mismo sudor pegajoso que me deja cuando termina de hacer lo suyo. Intento quitármelo bañándome con bastante jabón y agua, pero se pega, mi herma, me hace vomitar", me contaría luego mi hermana.

Dormido estaba. La novela brasileña mantenía a todos los vecinos dentro de los cuartos del solar, embobados en los amores frustrados de la esclava Isaura, hoy sé que intentando escapar en aquellos novelones de toda la mierda que siempre nos ha cercado en esta isla, hartos ya de soñar con vivir en la Cuba próspera y perfecta que sólo salía en los noticieros.

Se babeaba dormido el muy cabrón de mi padre, bien lo recuerdo. Y a hurtadillas lo empujamos. Abrió los ojos cuando sintió el empuje. "Davico", balbuceó, "¿dónde está la puta de tu hermana", porque Álida se escondió detrás de mí cuando lo vio entreabrir los ojos.

No dije una palabra. Sin ponernos de acuerdo, sabíamos Álida y yo que debíamos hacer rodar su cuerpo por debajo del barandal, roto en algunos sitios, o colarlo por los cuadrados de metal. Que cayera en el medio del patio, allá abajo, en la primera planta del solar. Y sólo esa vez bendecimos al degenerado ladrón que, quién sabe cuántos años atrás, había robado la madera preciosa del barandal de lo que había sido, en los tiempos de la colonia, la mansión de algún ricacho, de modo que, de lo que fuera una hermosa baranda interior de madera preciosa torneada y sujeta por un esqueleto de cuadrados grandes de metal, también torneados, sólo quedaba eso: el esqueleto de metal, pero ya herrumbroso, endeble, incluso partido en muchas partes, que impedía a los vecinos de esa planta recostarse allí para observar lo que pasaba abajo.

Todavía hoy no sé de dónde saqué la fuerza, aquella fuerza, que lo hizo llegar hasta el barandal roto del balcón, para quedar trabado en uno de los pocos cuadrados de metal todavía fuertes. Tampoco sé qué me hizo avanzar hacia él, caminando sobre mis nalgas por el pasillo, y empujarlo con los pies, hasta ver que sus ojos se abrían “¡oye, qué cojones te pasa!”, le oí decir, sin poder manejar su cuerpo, o resistir mi empuje, atontado todavía por el ron, hasta que Álida perdió el miedo y vino, también sobre sus nalgas, como una cangreja asustada, a empujarlo con una fuerza que todavía recuerdo en verdad inusitada. Como no se movía mucho, le dio una patada en la cara, y recuerdo que al verlo intentar tapársela con una mano, volvimos a patearlo y entonces sí cayó. Se deslizó su cuerpo pesado, como una serpiente de agua, resbalosa, ágil, y lo perdimos de vista.

Cuando nos asomamos por el hueco del barandal y miramos hacia abajo, un charco de sangre comenzaba a crecer alrededor de su cabeza explotada.

Los vecinos seguían anestesiados ante la tele por el mundo cruel de los amores imposibles de la esclava blanca Isaura, cuando bajamos las escaleras, y entramos a la casa, donde Mamá dormía, dueña ya de una tranquilidad demasiado inocente quizás por ese charco de sangre que se empozaba bajo su cara, brotando de su boca. Pero entonces, desde la salita de nuestra casa, sólo pudimos ver su cuerpo encogido sobre las sábanas, de espalda a nosotros. “Déjala dormir, pobrecita”, me dijo mi hermana, regresamos a nuestro cuarto y pasamos el pestillo.

-- Hoy me lo vas a hacer por dónde a él le gustaba hacérmelo – dijo entonces Álida, se quitó las ropas y se puso de espaldas, agarrada al borde de la cama, con la grupa levantada hacia mí --. Le gustaba darme por el culo. Hazlo tú. Contigo seguro voy a gozar como él quería que yo gozara.

Luego de una intensa cabalgata sobre las nalgas hermosas, redondas y duras de mi hermana, justo cuando ella susurraba “sí, sí, es rico, mi herma”, y yo me vaciaba en ella, poseído por esa cosquilla que me erizaba hasta el cerebro, afuera, en el patio del solar, empezaron a escucharse los primeros gritos.

**M**adrid es una ciudad de hormigas. Hormigas que viajan todo el tiempo: a pie, en autos, en ómnibus, en metro, de un lado a otro, alocadas, armadas siempre con celulares y un aura de “no me importa el mundo, sólo me importo yo”, que flota sobre cada una de esas hormiguchas de todas las especies, igual que los aritos flotan sobre las cabezas de los ángeles. Hormigas de traje y corbata, leyendo las económicas en el periódico del día. O peinadas a lo punk. O con grandes turbantes, al estilo de las películas sobre el Medio Oriente. O el ancestral colorido dragónico de los asiáticos en esos miles de rostros ovalados y de ojos achinados que se confunden con los demás insectos. Hormigas jóvenes con grandes mochilas y las patas encerradas en zapatos sucios, desteñidos. Hormigas enanas con collares de cuentas indígenas, e incluso quepis. Hormigas muy blancas, con balalaikas que hacen vibrar hasta romper el ambiente aséptico del metro. Hormigas viejas que se espantan el calor con viejos abanicos y pasan el viaje leyendo novelitas de Corín Tellado, y suspiran de cuando en cuando. Hormigas gordezuelas que andan cargadas de bolsas de algún hipermercado y entran al bus o al metro sin quitar la mirada de las bolsas. Hormigas con carpetas de estudio bajo el brazo, la mente perdida en algún sitio impreciso. Hormigas rubias y morenas y negras y amarillas. Casi todas con sus celulares prestos a detonar.

Me sigue gustando esa imagen: grandes hormigas con celulares ocupadas solo en llevar su propia carga de un lado a otro de Madrid.

Una ciudad aplastante. Nadie se lo figura. Pero basta dar el salto encima del Atlántico y aterrizar en Barajas para darse cuenta al fin de algunas palabritas que acá la televisión repite y que nadie entiende hasta que no está en lugares como Madrid. "La Habana es una ciudad cosmopolita", decimos con Perogrullo, y no pensamos que comparada con Madrid, la sobrevalorada Habana es una aldea de mierda, encharcada de mierda, rodeada de mierda de perro y mierda humana por todas partes, montaña formada por la acumulación histórica de escombros y mierdas y sudores y sueños polvoreados por la destrucción, incapaz de mostrar siquiera la belleza de las edificaciones, modernas o antiguas, de Madrid, aún cuando mucho se diga que Cuba es un país para estudios arquitectónicos. A decir verdad, tal vez tengan razón, porque la destrucción en las ciudades cubanas la van convirtiendo, quizás, en la mejor plaza del mundo para estudios en terreno de la arqueología arquitectónica.

Otra cosa es eso de los mundos posibles. El Primer Mundo. El Tercer Mundo. Llegar a Madrid y descubrir la diferencia entre ese Tercer Mundo al cual dicen pertenecemos unos cuantos países y el Primer Mundo en el que se mueven los europeos, fue una misma cosa, mucho más que una sorpresa, agradable y desilusionante, porque uno se alegra de entrar a un lugar donde todo parece funcionar, y muchas veces funciona como un engranaje perfecto, pero también se le caen las alitas del alma cuando se da de narices con una realidad que nadie puede negar si logra poner el pie fuera de la isla: la propaganda que nos bombardea en la isla nos ha hecho creer a los cubanos que el mundo gira alrededor de nosotros, que todos los ojos del planeta se fijan al detalle en nuestros pasos, que la tierra moriría sin la esperanza de salvación que se cocina cada mañana en la isla, que los cubanos son el pueblo elegido por Dios para salvar a la humanidad de su destrucción inevitable, y resulta que somos, en verdad, el culo del universo, una islita perdida en medio del mar Caribe.

-- ¿No es un sueño? – me dijo Álida, tiró las maletas en el piso, me tomó de las manos y me obligó a bailar un vals, como una loca, sin importar que todos estuvieran mirándonos. Al principio me contuve, pero luego la euforia subió y sentí las orejas calientes y el cuerpo ardiendo y una alegría inmensa que debía ser igual a esa que veía en los ojos de mi hermana.

-- ¿Sabes? – me dijo al final de la danza, en el abrazo que cerró aquel espectáculo --, si Martín hoy no me toca, como es de esperar en estos españolitos pasmados, quiero que me hagas el amor como hacíamos antes, ¿de acuerdo?

Me gustaba mi hermana. Desde siempre. Y quizás por eso acostarme con las novias que tuve hasta ese momento era el cumplimiento de un rito: el macho que debe montar a la hembra y hacerla gozar para justificar su papel sobre la tierra. Sólo eso. Con Álida era distinto. Había siempre un descubrimiento, un raro espacio mágico que lo envolvía todo y enrarecía hasta el aire con ese velo angelical que a veces vemos en las películas fantásticas, tal vez como una secuela de aquella primera vez en que vino hasta mi cuarto: "házme tú, mi herma", me dijo entonces, "mis amigas dicen que es lindo con alguien que lo quiera a uno".

En el aeropuerto de Barajas nos esperaba Martín.

-- Seguro que eran ustedes – dijo, sonriendo, pero con una extraña mirada que nos salpicó de cierta incomodidad. Era una mirada que jamás le habíamos visto en Cuba.

-- No te entiendo – dijo Álida.

-- Los primeros pasajeros que salieron – explicó, agachándose para recoger una de las maletas que mi hermana había puesto en el piso para abrazarlo --, iban

comentando que ahí dentro, donde se recoge el equipaje, había un par de locos bailando. Apuesto a que eran ustedes.

Sonreímos sin responder.

-- Lo sabía – dijo en voz baja y movió la cabeza en un gesto de evidente contrariedad --. Ustedes, los cubanos, siempre son así de escandalosos.

Eché a caminar y soltó todavía más bajo.

-- Y es hora de que empiecen a moldearse – le escuchamos --. Los tiempos de la barbarie se quedaron en la isla.

Una ciudad impresionante, eso vimos. Y desde los cristales del coche de Martín, Madrid se veía aún más luminosa, atestada de esos edificios que se parecían mucho a los de las películas de Hollywood que pasaban los fines de semana en la tele, con esos mismos jardines y parques verdes que dicen los más viejos existieron en La Habana hasta que llegó la fiebre de convertir los parques en edificios horribles de fibrocemento, para garantizar esa vivienda digna que, ni así, hemos tenido jamás los cubanos, o la inmensa mayoría.

-- Es preciosa, ¿verdad, mi herma? – dijo Álda.

-- Era preciosa – cortó Martín, sin dejar de mirar a la fila de autos que tenía delante --, ahora es un nido de latinos de la peor calaña.

Quedamos en silencio. En el tono de Martín había una rabia que en Cuba tampoco le habíamos escuchado. Y la verdad es que no supimos qué carajo quería decir con aquello: en ese momento no teníamos idea de qué significado tenía para los españoles aquella palabra: "latinos", y tengo que decir que me sonó a cosa lejana, antigua, porque lo único que brilló en mi mente con relación a esa palabra fue una profesora de historia que tuve en la primaria, todo el tiempo hablando maravillas de la cultura greco-latina, que era algo que tenía que ver con los griegos esos de cuando el mundo andaba en pañales, que siempre se las pasaban guanajeando con el tal dios Zeus. Con el paso de los meses entendí, o al menos eso creo: "latinos", para casi todos los europeos que conocimos, se parecía más a un muro de contención que a una palabra. Latinos eran "esos" que venían de donde nosotros, de América, y lo de latinos era por el apellido de la América: Latina. Pero también era un grupo de gente intrusa con una sola cosa buena, nos dijo un día Martín: llegaban a España dispuestos a trabajar donde los dignos habitantes del Primer Mundo jamás pegarían el lomo, como esa vieja gorda que abrió la puerta del edificio de apartamentos donde vivía Martín y a la que saludamos así, sin pensar, porque en Cuba saludamos hasta a los ratones de las cloacas si se nos ponen por delante.

-- No tienen que saludarla – dijo Martín, con una sequedad que nos molestó --, es la que limpia las escaleras del edificio.

Alcancé a ver los ojos de Álda y supe que ya la cachimba se le iba llenando de tierra.

-- Mira, Martín – le oí decir, sin que me diera tiempo a meterle el pellizco que siempre le clavaba en el brazo cuando intuía que mi hermana podía meter la pata por su lengua tan suelta --. O te quitas ese tonito de gallego conquistador de inditos o te mando aquí mismo a la mierda y...

-- Vale, vale... – cortó rápidamente Martín, y se volvió a mirarme, guiñándome un ojo por algo que todavía sigo sin entender --. Es que quiero que ustedes lleguen y no metan los mismos cascotes que meten todos los latinos que llegan a Europa... – y luego, soltando las maletas y pasando el brazo sobre los hombros de Álda --. ¡Disculpa, mi amor!... es que no se imaginan lo mal visto que

son aquí los latinos. Por desgracia, han traído a este país la violencia que hay en sus países, y eso es mal visto. No quiero que la gente los vea como a ellos.

Y así, abrazados, abrió la puerta y la guió directo a su cuarto, mientras yo me encargaba de entrar todo el equipaje. Después, fui tras ellos.

-- ¿Viste esto, mi herma? – logró decir Álida, las palabras enrarecidas por esa rara acuosidad del llanto.

Un enorme perro de peluche estaba sobre la cama. Uno de sus sueños. Un simple detalle en una de las muchas conversaciones que habíamos tenido con Martín, en nuestro cuartucho del solar de Centro Habana: “de niña soñaba con que mi madre me regalaba un perro enorme, peludo, de peluche, y era un sueño muy lindo que un día se perdió así, ¡paf!, cuando me vi convertida en una mujer”, había dicho ella, y yo, de pronto, todavía parado mirando a mi hermana sentada en una esquina de la cama de Martín, acariciando una de las orejas de aquel perrazo, volví a sentir su voz rajada diciendo esas palabras allá en Cuba, y los ojos de Martín posados en ella, y una sonrisa noble que se parece mucho a esa que le vi mientras contemplaba como Álida lloraba, en silencio, hundiendo sus manos en la pelambre gruesa del sueño que se le había convertido en realidad.

-- ¿Qué quieren hacer después que se den un baño y coman algo? – quiso saber Martín --. Todavía es temprano y, como se darán cuenta dentro de poco, en Madrid no se duerme nadie hasta las dos de la madrugada.

Mi hermana quería ver un supermercado descomunal que Martín nos había señalado desde el coche y que estaba a un par de cuadras del edificio. Yo, la verdad, prefería caminar y ver algo, tomarme alguno de esos vinos españoles de los que tanto Martín me había hablado, a ver si en verdad me convencía de que no sabían a madera podrida... en fin, cualquier cosa menos andar, como las mujeres, mirando estanterías y basuras de esas.

-- He llamado a mi prima Cristina para que te acompañe – le dijo a mi hermana cuando la vio salir del cuarto, ya bañada, vestida con la ropa nueva que él le había comprado y dispuesta a comerse, como dijo, “un buey en marcha atrás, a ver si mato el hambre vieja”.

Y a mí me invitaba a una fiesta que le hacían sus amigos por el regreso de Cuba.

-- Algo así como una despedida de soltero – dijo, guiñándome otra vez un ojo desde el otro lado de la mesa del comedor, mientras mordía una gamba a la gabardina --. ¿Te apuntas?

Era en un chalet, a poco más de una hora en coche desde Madrid, en un pueblito cerca de Ávila. Allí no había casas normales: todos eran hermosísimos chalets, aunque no tan grandes como aquel hacia donde Martín dirigió el coche. El dueño, un muchacho flaco y con orejas de ratón, picudas y pequeñas, realmente horrible, se pasó todo el tiempo hablando de sus viajes a Egipto, Marruecos, Arabia Saudita, Japón, en busca de aquellas armas viejas que adornaban casi todas las paredes: cuchillos, cimitarras, sables, alfanjes, navajas, pistolas antiguas y hasta una armadura de samurái de no sé qué dinastía y que había pertenecido a un japonés que, dijo él, había sido muy famoso por los miles de muertos que había tasajeado con la espada de mango tallado con un pequeño dragón que colgaba en su funda a un costado del traje.

-- ¿Apostamos? – dijo alguien, cuando ya habíamos bebido lo suficiente como para que la gente se animara a preguntarme cosas tan íntimas como si era cierto que las negras cubanas se echaban picante en el útero para desesperar a los



turistas que se acostaban con ellas, o tan estúpidas y comunes como si era cierto que Fidel Castro detestaba a su hermano Raúl porque era una loca de carroza.

-- ¿Y qué tenemos esta semana, Leandro? – dijo uno de los dos blanquitos, a todas luces, maricones, que habían permanecido sentados como finas damiselas en una de las butacas, mirándome como si yo fuera un pastel de cumpleaños. “Estoy a punto de sonarle una patada en su carita de loca maricona, Martín”, le dije en una oportunidad en me topé con él a la salida del baño. Sonrió y me dijo: “Aquí la mariconería es algo normal, hombre... Respira profundo y verás que se te pasa”.

-- Me toca el desquite – respondió el dueño de la casa, el tal Leandro, que si no era pato andaba dándole vueltas a la laguna --. La semana pasada perdí hasta el reloj de oro que me regaló el viejo en mi cumple.

-- ¿Y qué quieres perder esta semana? – dijo Martín, sonriendo.

-- Esta semana no pierdo, verás – contestó Leandro --. Empezamos por una caja de Ron Barceló que mi viejo acaba de mandarme desde Santo Domingo – y añadió dirigiéndose a mí --, en el Caribe, cerca de tu país.

Era malo jugando. O tenía mala suerte. O los otros dos tenían al dios de la adivinación parado en las cabezas. Pero en una hora y minutos ya habían completado las primeras rondas de tres juegos a 40 puntos. Jugaban en un raro estilo de cartas al que llamaban mus, y que era largo pero bastante entretenido, quizás porque cada pareja apostaba algo de valor: Leandro y uno de los pajaritos, el ron; Martín y un pecoso enorme llamado Patricio, una pulsera de oro que había comprado por una basura de dinero a un joyero en Nigeria. Y empezaron otra vez, con el breve descanso que se tomó Leandro para ir él mismo a buscar una bandeja con vasos llenos de un whisky que, también, me supo a madera y me hizo preguntarme si los años que llevaba tomando cualquier ron casero malo no habían terminado por atrofiarme el paladar, pues los otros disfrutaban aquel trago como si fuera lo mejor del mundo mientras que yo, por más que lo intentara, seguía sintiéndome igual que en aquellos años de mi infancia en que mi abuela me hacía tomarme una cucharada de aceite de hígado de bacalao para el catarro.

A esas alturas, cerca ya de las once de la noche, Leandro y su pareja habían perdido varias cosas: una estilográfica que el pajarito aseguró tenía mucho valor porque había pertenecido a un tal Lorca, escritor, que debió ser otra loca porque había que ser maricón para escribir el poema que aquel muchacho recitó de memoria ante nosotros, como para hacernos ver que estaba bien empapado en el asunto; uno de los cuadros que colgaban en una de las paredes, allí, en la sala de juegos del chalet, y que Leandro juró era de gran valor aunque a él no le importaba mucho, pues así tenía más espacio para colgar un par de estiletes nuevos que había comprado en un reciente viaje a Dinamarca, y algunas cosas más de menos valor.

-- Si el señor no desea más nada, nos retiramos – dijo una muchachita, de unos diecisiete años, vestida de criada, con un traje azul y un delantal muy blanco, que entró en la habitación y esperó unos minutos hasta que hubo una pausa en el juego.

-- Puede retirarse, Nora – dijo Leandro, y al ver que la muchacha se volvía se le encendieron los ojos de un modo casi animal.

-- ¿Nora? – dijo.

-- Sí, señor – contestó la muchacha, casi a punto de salir, parada en el dintel de la puerta.

-- ¿Tu hermana está en la casa?

-- Sí, señor – le oímos decir a Nora --. Hoy es su día libre, pero como sabía que Usted tendría invitados, decidió quedarse para ayudarme.

-- Perfecto, Nora – dijo Leandro --. Muchas gracias.

Por el tono del “Por nada, señor” que le escuché a la muchacha, intuí que ella sabía que algo iba a pasar. Después pude explicarme todo, pero en ese momento sólo recuerdo la cara con la que Leandro se viró hacia Martín y el pecoso y soltó:

-- Como sé que a ustedes les gustan las mujeres, tengo una oferta especial – y sonrió, realmente malévolamente, como en las películas, a veces, sonríen los psicópatas.

Echarían una última partida. Si ganaba él, Martín y el pecoso devolverían todo lo que les habían ganado ese día.

-- Si pierdo, se van a dar unos buenos polvos con Nora y su hermana. Son gemelas, ¿saben?

Y como el padre de Leandro las había contratado en negro para trabajar de criadas, porque no tenían los papeles legalizados, no sería la primera vez que se tenían que ir a la cama con jugadores que iban a la casa a jugar a las apuestas con el mus y, como esa vez, no dejaban que Leandro ganara ni siquiera una partida.

-- Bueno, nosotros nos largamos – dijo el muchacho que había estado jugando con Leandro, mientras le pasaba el brazo por el hombro al otro, con una fragilidad totalmente femenina --. De sólo imaginarnos la escena que éstos armaran con ésas nos da ganas de vomitar.

Y rieron, escandalosas, erotizadas, otra vez lanzando miraditas hacia mí que, según la distribución del manjar ganado en el juego, quedaba sin pareja. Martín pareció darse cuenta.

-- Déjenlo tranquilo ya, ¿vale? – dijo, endureciendo teatralmente el rostro y mirando a sus amigos a la cara --. El primero que va a probar a esos bombones latinos es mi cuñadito, así que, chau camaradas.